

«El sagrado egoísmo del sentimiento europeo». Los discursos sobre Europa de Stefan Zweig

ARTURO LARCATI

Università degli Studi de Verona – Stefan Zweig Centre, Salzburgo

He vivido en todos los países de Europa,
he creído en esta Europa como lugar elegido
y heredado de la cultura universal,
como guía espiritual del mundo [...]¹

HAY QUE CONSIDERAR los discursos sobre Europa de Stefan Zweig como el corazón de su ensayística política. Gracias a ellos, el escritor ha alcanzado la fama mundial de intelectual europeo. Estos escritos constituyen, sin duda, el aspecto más importante de su actualidad.

Los ensayos sobre Europa reflejan el pensamiento de un escritor e intelectual que se siente austriaco, pero al mismo tiempo ciudadano del mundo, escribe para un público internacional y se esfuerza por difundir y transmitir la herencia literaria y cultural europea. Durante toda su vida, Zweig cultiva con una especial intensidad los contactos con los escritores, artistas e intelectuales de todas las naciones que, en las décadas de 1920 y 1930, acoge en su casa de Salzburgo, por eso llamada «Villa

¹ La cita procede de la primera versión de la introducción al *Mundo de ayer*, escrito en 1939. El manuscrito se encuentra en el Archivo de la Literatura de Salzburgo.

Europa». Zweig interpreta su papel de intelectual como el de una autoridad moral imparcial y que, con sus compañeros, intenta construir una comunidad supranacional, una «Europa» del espíritu que contraste con el nacionalismo en todas sus manifestaciones y con la guerra.

El interés de Zweig por Europa tiene profundas raíces que dependen de la historia de su familia y de sus orígenes austriacos. El escritor crece en una familia multiétnica de origen judío: el padre proviene de la actual República Checa; la madre nace en Italia, donde se queda hasta los 16 años; tiene parientes en Italia, Francia y Bélgica; y es criado junto a su hermano por una institutriz francesa. Por ello, es natural que el escritor hable diversos idiomas extranjeros (en el colegio aprende también griego y latín), y sobre todo que desarrolle el modo de pensar cosmopolita típico de una burguesía culta de fin de siglo de una metrópoli multiétnica y multicultural como Viena. De este humus extremadamente fértil deriva el interés por las otras literaturas y culturas (Zweig lee muy pronto a Dante, Baudelaire y Shakespeare en idioma original), sus ganas de viajar para ampliar sus horizontes y la tendencia a desarrollar contactos y amistades con artistas de otros países. Desde joven, el escritor está orgulloso de mirar más allá de los confines de Austria y de sentirse cómodo en un espacio multicultural abierto a todas las direcciones.

La primera toma de posición explícita de Stefan Zweig sobre Europa es la parábola pacifista sobre la construcción de la torre de Babel (1916), que representa una respuesta a los horrores de la gran guerra. Después del fin del conflicto mundial, con muchos otros escritores e intelectuales, Stefan Zweig participa en el debate sobre el destino de Europa después de la fragmentación de los dos grandes Imperios de Austria y Alemania, y se pregunta sobre la contribución de los literatos a la construcción de un nuevo orden social y político. Un impulso decisivo a la discusión sobre la Europa del futuro se genera gracias a la fundación, en 1922, del movimiento Paneuropa del conde Richard Nikolaus Coudenhove-Kalergi, que populariza esta temática también entre los escritores.² De 1932 a 1934 Zweig contribuye al debate con tres discursos («Der europäische Gedanke in sei-

² En 1926, Stefan Zweig escribe un artículo para criticar la moda de las conferencias y de los congresos sobre Europa, distinguiendo entre un «cosmopolitismo» de fachada y una adhesión sentida y profunda a la causa europea, que él llama «internacionalismo» (Cfr. Zweig, 1986).

ner historischen Entwicklung», «Die moralische Entgiftung Europas» y «Einigung Europas»), en los que se enfrenta al fascismo que está avanzando en Europa, y donde muestra su temor al espectro de un nuevo conflicto mundial.³ Los temas que Zweig aborda en estos discursos —el cosmopolitismo, el rechazo de la guerra y del nacionalismo, el sueño de una Europa unida, la utopía pacifista— hacen de *trait d'union* y de hilo conductor de muchas obras que el escritor elabora en los últimos diez años de su vida, en particular de las del exilio. Tales cuestiones no solo son retomadas y desarrolladas en un cuarto discurso, inédito, de 1936, bajo el título «L'unité spirituelle de l'Europe» ('La unidad espiritual de Europa'). Zweig también expresa sus convicciones en su autobiografía *El mundo de ayer* y en el libro *Brasil, país de futuro*.

Los esfuerzos de Zweig por encontrar argumentos convincentes para legitimar la construcción de una «Europa del espíritu» forman parte de una tradición que, en los países germanófonos empieza con Novalis y llega hasta nuestros días,⁴ sin perder su actualidad: «Si hoy en día atribuimos una nueva atención a los propósitos de Stefan Zweig acerca del espíritu europeo es porque la integración europea es la única idea razonable que se haya concebido a lo largo del siglo xx sobre nuestro viejo continente. Sin embargo, el euroescepticismo —que se ha vuelto la opinión más difundida— ha terminado por roer el propio espíritu europeo».⁵ El euroescepticismo, los recientes problemas relacionados con los migrantes y los intentos por renacer del nacionalismo que se observan cada vez más en los países europeos, con los peligros que conllevan, sin excluir la guerra, confirman la actualidad de estas «exhortaciones a los europeos».

«LA TORRE DE BABEL». LA COMUNIDAD DE LOS PUEBLOS, EL NACIONALISMO Y LA GUERRA

La parábola «La torre de Babel» publicada en 1916, en plena guerra mundial, es entendida por Zweig como una sentida apelación a

³ Cfr. Resch, 2018.

⁴ Cfr. Lützel, 1994.

⁵ Le Rider 2014, p. 8

las naciones beligerantes para que abracen la causa de la paz. Es el primer signo de su conversión al pacifismo, y se publica antes de que el escritor deje Austria para ir a Suiza, en 1917, poniendo fin a su colaboración con el Ministerio de la Guerra. El texto interrumpe la serie de artículos de propaganda que Zweig había escrito para exaltar el heroísmo de los soldados austriacos (y alemanes), y sus virtudes patrióticas. La elección del lenguaje bíblico no solo ofrece la ventaja de una fuerte expresividad y de una fácil comprensión, sino también el de no dar pie a las críticas de la censura. La reelaboración del mito bíblico en función pacifista en este texto está íntimamente relacionada con la idea de una Europa soñada por Zweig que aparece necesaria, sobre todo, para garantizar la paz. El escritor no interpreta la torre de Babel como el símbolo de las diferencias y la confusión de las lenguas, sino como la prueba tangible de la colaboración y la solidaridad entre los pueblos. El Dios cruel del Antiguo Testamento que destruye dos veces lo que los hombres construyeron fatigosamente se vuelve una alegoría de la guerra como destrucción de la comprensión entre los pueblos. El deseo de los hombres de reconstruir la torre destruida —reedificada dos veces— representa las cualidades morales de una humanidad que lucha por recrear la comprensión y la consistencia pacífica que existía antes de la guerra. Zweig deriva su optimismo de la convicción de que la moralidad de los hombres sea un fénix árabe que renace permanentemente de sus cenizas.

En la parábola acerca de la torre de Babel, Zweig habla de la «heroica comunión» de los hombres.⁶ En el poema «Polifemo», escrito en 1917, el escritor ofrece una lectura particular de este heroísmo.⁷ El Dios cruel de la parábola se representa bajo la forma del gigante homérico, con la apariencia del Dios de la guerra descrito, por ejemplo, en los poemas de Georg Heym, o en los dibujos de Alfred Kubin, que desahoga su ira con masacres de inocentes. A diferencia del cuento bíblico reelaborado por Zweig, donde los hombres son pacíficos y laboriosos, esta vez los antagonistas de Polifemo son unos ángeles vengadores listos para hacer justicia a los hermanos «caídos»: sin ser conscientes de su fuerza, desafían al gigante dándole a entender que sus días están contados. Zweig pone en el centro

de su cuento ya no la astucia de Ulises, como en el mito homérico: no quiere rememorar las gestas de un gran héroe. En su historia domina el colectivo, los protagonistas son los «hermanos» que representan también el sentido de comunidad y solidaridad; su lema es la unión hace la fuerza. El poema se sirve del código expresivo del expresionismo revolucionario, pero no encontrará seguimiento en la obra de Zweig: el escritor se da cuenta de que las aporías vinculadas al uso de la violencia llevan a un callejón sin salida.

Si se quiere reconstruir la génesis del pensamiento pacifista de Zweig durante la guerra, ante todo se tiene que considerar el papel que ha asumido el encuentro con Romain Rolland, cómo es admitido en la parte final del discurso de Florencia:

El ideal de un pensamiento y de una acción comunes europeas está de camino poco antes de la guerra: [...] una tercera gran obra de esas décadas ofrece su declaración en favor de los Estados Unidos de Europa: la novela *Jean-Christophe* de Romain Rolland. Aquí un poeta intenta unificar el temple de los pueblos en una única gran sinfonía; como Orfeo, intenta domar las contradicciones de los elementos con el espíritu de la música.⁸

Pero no hay que infravalorar en este contexto la importancia de figuras como Bertha von Suttner y León Tolstói. Zweig considera, por ejemplo, el impacto de la novela *Die Waffen nieder* («¡Abajo las armas!») para la difusión del pensamiento pacifista comparable al de *La cabaña del tío Tom* para la emancipación de la minoría africana en América.⁹ Y también la doctrina de la no-violencia y del amor al próximo predicada por Tolstói hacen de él, a juicio de Zweig, un gran profeta del siglo xx.¹⁰

Los años en que Zweig concibe y publica la parábola de la torre de Babel son los mismos en los que empieza el contacto epistolar con Martin Buber, durante el cual él se posiciona contra el sionismo, que rechaza con convicción en cuanto le parece una forma de nacionalismo.¹¹ Al mis-

⁶ Infra p. 15.

⁷ Cfr. Zweig, 1982.

⁸ Infra p. 45.

⁹ Cfr. Larcati, 2016.

¹⁰ Cfr. Resch, 2012.

¹¹ Cfr. Beck, Berlín v. Weschenbach-Feggele, 1998, p. 145 ss.

mo tiempo, escribe el drama pacifista *Jeremías* (publicado en 1917), dedicado al profeta bíblico, que intenta inútilmente prevenir la guerra entre judíos y babilonios. Después de la destrucción de Jerusalén y de que el pueblo judío sea forzado al exilio, el profeta reclama su papel de guía del pueblo judío que antes no lo había escuchado, y, en la parte final del drama, elogia la diáspora. Según Jeremías, la tarea de los judíos no es actuar en un único Estado. El profeta hace un llamamiento apasionado a su pueblo para que haga escuchar su voz a nivel internacional durante la diáspora.¹²

El compromiso pacifista de Zweig no solo nace gracias al encuentro con las grandes personalidades que hemos recordado. De su inata mentalidad y del estilo de vida dedicado al cosmopolitismo nace también la idea de la amistad que une a artistas de diferentes disciplinas y naciones, de una amistad que va más allá de los confines de los países individuales y une a artistas que, viajando, amplían sus horizontes y se sienten en casa en todas las grandes ciudades europeas. Después de la guerra, que durante unos años separó a los amigos, Zweig escribe:

Nos veo a nosotros antes, jóvenes de todas las naciones, alemanes, escandinavos, ingleses, italianos, escritores, historiadores del arte, pintores, músicos, personas de distintas clases y países, atravesar juntos alegremente Florencia y Roma, estimulándonos recíprocamente con pasión y entusiasmo. Y en esos días (y en otros días también en París) aprendimos una especie de compañerismo interior que la vida en la angustia de la patria no puede dar.¹³

Este «compañerismo interior», contrario al compañerismo de los soldados, es el laboratorio donde experimentar la comprensión de los pueblos y, al mismo tiempo, la garantía de que esta comprensión funcione. Stefan Zweig está convencido de que el acuerdo entre las élites intelectuales de los países europeos —lo afirma alguien que dedicó toda su vida a *networking* entre estas élites—, en el amor por el arte y la cultura, pero sobre todo por los valores

humanistas (como afirmará en la biografía de Erasmo), puede desarrollar anticuerpos eficaces contra cada forma de despotismo y contra la guerra.¹⁴

LOS ESTADOS UNIDOS DE EUROPA. EL DISCURSO DE FLORENCIA

El discurso que Zweig imparte en Florencia en mayo de 1932 es el más importante y el más citado de los discursos sobre Europa. El escritor recoge las reflexiones de la parábola de la torre de Babel y las inserta en un estudio de tipo histórico en el que analiza el desarrollo alterno, hecho de idas y venidas, del pensamiento nacionalista y del ideal europeo. Su objetivo es reconstruir el «anhelo eterno hacia la unidad de sentimiento, voluntad, pensamiento y vida que, en dos mil años, ha construido esa maravillosa estructura comunitaria que llamamos con orgullo *cultura europea*».¹⁵

Según Zweig, con el Imperio romano «Europa tiene por primera vez un formato completamente unitario [...]» (p. 34). El dominio de Roma es impuesto militarmente, pero, a juicio del escritor, es inspirado por un «principio racional», es «entendido no en cuanto un fin en sí mismo, sino como organización sensata del mundo» (p. 34). Tras la caída del Imperio romano, la unidad de Europa se puede reconstruir porque «se ha conservado una semilla: la lengua latina» (p. 36). Gracias al latín, en el Renacimiento se da lo que Zweig llama *milagro*: «Una única manera de hablar, de pensar y de relacionarse es común a todos los intelectuales europeos. Erasmo de Rotterdam, Giordano Bruno, Spinoza, Bacon, Leibniz, Descartes... se sienten ciudadanos de una misma república: la gran república de las letras.» (p. 37).¹⁶ Pero también esta vez la unidad europea se desintegra, «empieza el tiempo de

¹⁴ Por ello *El mundo de ayer* también puede leerse como un himno, aunque de tono elegíaco, a la amistad entre escritores, artistas e intelectuales de diferentes países, unidos por el amor hacia unos mismos ideales.

¹⁵ Infra p. 32. Para las siguientes citas pondremos el número de página entre paréntesis en el cuerpo del texto.

¹⁶ A la figura de Erasmo y a su proyecto de una república de las letras, Zweig dedicará uno de sus libros más famosos, en el que explorará la posibilidad y los límites del humanismo militante. (Cfr. Zweig, 2006a).

¹² Cfr. Zweig, 1964, p. 496 ss.

¹³ Zweig, 1987, p. 239.

las guerras de la religión; la Reforma destruye el Renacimiento» (p. 38). Después,

el sentimiento comunitario busca una nueva forma y la encuentra en la música, un nuevo lenguaje más allá de las lenguas. En los siglos xvii y xviii, los abanderados de la unidad europea, los representantes más distintivos del cosmopolitismo, ya no son los poetas, los teólogos o los intelectuales, sino los músicos, quienes construyen una única gran familia fraterna (p. 39).

El 1800, en cambio, es la época de los nacionalismos y del nacimiento de los grandes Estados nacionales. Contra el espíritu nacionalista se levanta fuerte la voz de Goethe, recuerda Zweig, pero «al final del siglo xix, la idea de los Estados Unidos de Europa se vuelve una exigencia política, casi suprapolítica» (p. 42). Zweig cita «tres obras, tres hombres de entre todos aquellos que, antes de la guerra, indicaron con conciencia plena la necesidad de la unidad de Europa» (p. 45): Friedrich Nietzsche, Emile Verhaeren e Romain Rolland, y, mirando al presente, considera otro factor determinante que opera «para un acuerdo, para una unificación del mundo, otro espíritu, impersonal: el espíritu técnico del siglo» (p. 46). Se trata, según él, de «una manera de pensar más propia de la humanidad que del hombre» (p. 46). Refiriéndose a su época, Zweig es consciente de que «el problema de la lucha entre nacionalismo e internacionalismo [...] ha llegado actualmente al punto más dramático de la historia» (p. 47), pero concluye su discurso con un himno poético a la «voluntad de unidad supranacional» (p. 47). En una parte del discurso que no ha publicado, el escritor exalta los vínculos indisolubles de la cultura italiana con la europea:

Y si el Genio italiano solo hubiera creado el Duomo y el Cenacolo, ya solo esto sería suficiente para adorar Italia como patria del corazón. ¿Y cómo, por otra parte, no se podrá sentir patria del alma el mundo de Goethe, Shakespeare, Balzac y Dostoievski? Demasiados elementos comunes nos unen desde hace dos mil años; cada una de nuestras naciones es deudora de demasiada gratitud a cada otra nación para no sentir como nuestro, según el lema de Goethe, el destino de todos los países. Por ello, la conciencia nacional de todos nosotros

acompaña inseparable a la conciencia universal, sin que por eso la una debilite a la otra.

Zweig concluye su discurso con una imagen poética, sirviéndose de la metáfora de los colores del arcoíris para exaltar la belleza de la diversidad de la unidad de Europa:

Como la luz recoge en el espectro todos los colores sin confundirlos, así el concepto de Europa contiene la personalidad de todos sus pueblos sin anularla. Cada uno de esos siete colores aumenta con su multiplicidad la belleza del mundo; para el ojo es admirable el azul profundo, el rojo flamante, el verde relajante, admirables para nuestra insaciable alma las antiguas y diferentes virtudes de Italia, Alemania, Francia, Rusia, Inglaterra. Pero maravilla superior a todas las maravillas es ver estos colores fundirse en una armonía superior, en el esplendor de una única luz. Admiramos esta variedad, pero admiramos también esta unidad, porque, por diferentes que sean, todos nuestros países no viven más que para el prodigio de esta luz creadora.¹⁷

LITERATURA NACIONAL Y LITERATURA MUNDIAL

En el discurso de Florencia, Zweig destaca la figura de Goethe por la lucha que el autor de *Fausto* conduce a favor de la literatura mundial. A este propósito, Zweig recuerda las frases célebres que él pronunció ante Eckermann: «Los tiempos de la literatura nacional han terminado; ha llegado el tiempo de la literatura mundial» (p. 41). Zweig interpreta a Goethe como un profeta que ha intuido las consecuencias de las transformaciones de la técnica para la literatura y para la convivencia de los pueblos, y cita sus famosas palabras: «El libre comercio de los conceptos y sentimientos [...] así como la circulación de los productos, aumenta la riqueza y el bienestar general de los hombres» (p. 41). Acogiendo la intensificación de los intercambios a nivel literario, cultural y político entre los países europeos, gracias a la transformación de los medios de comunicación de masas

¹⁷ El manuscrito se encuentra en el archivo de la Zweig Collection de la Reed Library en la Universidad de Fredonia (Nueva York).

y a la tecnología, constata Zweig, Goethe llega a la conclusión de que la época de los nacionalismos ya no tiene sentido. Por ello, alienta a sus contemporáneos a sentir «el destino de todas las naciones [...] como el suyo propio».

Siguiendo a Goethe, Zweig exalta «una literatura mundial, un pensamiento europeo, un pensamiento de la humanidad» (p. 42) y, sobre la base de este ideal, entre 1917 y 1918 concibe el proyecto «Bibliotheca Mundi» que, en sus intenciones, tiene que representar lo mejor de la literatura europea, reeditando las obras de los clásicos de las diferentes naciones en su idioma original. A diferencia de cuanto ha afirmado en el discurso de Florencia, Zweig amplía el canon de la literatura mundial a la extraeuropea. Anunciando el proyecto a su amigo Romain Rolland en una carta del 23 de marzo de 1919, Zweig precisa que las ediciones programadas deberían obedecer al ideal de la fraternidad universal, manteniéndose alejadas de la política y la publicidad. La idea en la que se basa esta iniciativa es que si los países que han salido de la guerra se conocieran a fondo, leyendo cada uno las obras clásicas de los otros, serían llevados a estimarse y a no hacerse la guerra.¹⁸ Por su parte, Zweig invierte más energía en este proyecto que en la colaboración con las diferentes organizaciones pacifistas. Aunque la iniciativa editorial sea un fracaso desde el punto de vista comercial, Zweig permanece fiel a los presupuestos del proyecto, como muestra el homenaje a Goethe.

En el proyecto «Bibliotheca Mundi» y en la exaltación de Goethe como padre del concepto de *literatura mundial* se refleja el concepto de *literatura transnacional* según el cual Zweig juzga las obras de su tiempo. El escritor no solo lucha contra el modelo de la literatura nacional (o regional) como una forma de literatura cerrada en sí misma que ya no está a la altura de los tiempos, en la que los procesos modernos de comunicación y las transformaciones tecnológicas acercan más y más a los pueblos. Su crítica al drama *La nave* (1906) de D'Annunzio, deja entrever que el escritor es también sensible al peligro del nacionalismo y de la propaganda nacionalista.¹⁹ Según Zweig, el carácter supranacional de una obra fundamenta el juicio acerca de la calidad literaria de la misma: cuanto mayor es el impacto

que obtiene un texto más allá de los confines nacionales —por ejemplo, porque toca cuestiones que implican no a un único país, sino a más de una nación europea—, tanto más crece su valor intrínseco. Por ello, por ejemplo, en 1908 aprecia las novelas de Sibilla Aleramo y Giovanni Cena, centradas en cuestiones no solo italianas, como la emancipación de la mujer o la industrialización, mucho más que las obras de D'Annunzio y Verga. Zweig profundiza en esta temática en una conferencia, todavía inédita, que imparte en Bélgica en 1929 bajo el título «Die Europäische Idee in der Literatur» ('La idea europea en la literatura'), en la que anticipa las posiciones de la parte final del discurso de Florencia.

DE LA TEORÍA A LA PRÁCTICA. LOS DISCURSOS DE 1932 Y 1934

En el mismo año del discurso de Florencia, Zweig es invitado a un congreso europeo en Roma organizado por la Academia Alessandro Volta. El escritor no participa porque, entre los invitados, había personalidades del régimen nazi de la talla de Hermann Göring y Alfred Rosenberg. Sin embargo, envía una relación que es leída en su ausencia y publicada en las actas del congreso. En su discurso «La desintoxicación moral de Europa», Zweig pasa del plano de la fundación teórica de la idea europea y de las exhortaciones al de unas medidas concretas para entusiasmar a las personas con el ideal europeo. El punto de partida de la reflexión es que Europa está atravesando un grave periodo de crisis debido a la supervivencia, como legado negativo de la propaganda de la guerra, del odio de un pueblo hacia el otro. Para erradicar los prejuicios hacia las demás naciones, el escritor propone apostar por una nueva educación de la juventud. A su juicio, en los programas escolares se debería sustituir la «interpretación puramente política y político-nacional de la historia»²⁰ por la enseñanza de «otra historia de la humanidad: la construcción de la cultura, los grandes inventos, los descubrimientos, los progresos en las costumbres, en la ciencia y en la técnica» (p. 21). Zweig no solo piensa en incentivar las ganas de viajar de los jóvenes, los inter-

¹⁸ Cfr. Rolland y Zweig 1987, vol. I, p. 443.

¹⁹ Cfr. Larcati, 2015.

²⁰ Infra p. 19. Para las siguientes citas pondremos el número de página entre paréntesis en el cuerpo del texto.

cambios universitarios e iniciativas como la institución de academias europeas o de capitales de la cultura, sino también en una «institución superior que promocióne el acercamiento de manera pacífica y fraternal y que evite toda incomprensión» (p 25). En este contexto, alaba la acción de la Sociedad de las Naciones.

El discurso «Einigung Europas» ('La unificación de Europa'), pensado para una conferencia en París o para una intervención en la radio en 1936 —a pesar de que nunca se pronunció—, da un paso más en el plano de las propuestas concretas, de las cuales algunas son verdaderamente sorprendentes. Las premisas de las que parte Zweig son aún más pesimistas con respecto a los discursos precedentes: un año después del ascenso de Hitler al poder y del incendio del Reichstag —que desencadena las persecuciones contra los opositores del régimen, en particular contra comunistas y judíos—, el escritor tiene que constatar que la ideología nazi ha tomado el control sobre la europeísta. Como había hecho en el discurso de Roma, Zweig intenta desarrollar más sus propuestas para entusiasmar a las élites juveniles para la causa europea, para involucrarlas desde el punto de vista emocional en esta lucha por el ideal europeo, pero la novedad más importante con respecto a los textos precedentes es que ahora considera fundamental la movilización de las masas para la causa europea. Hasta un año antes, en la biografía de Erasmo, el escritor había concebido una república de las letras en la que el humanismo de los intelectuales tenía como correlato la demonización de las masas (que Zweig apoya, como gran parte del pensamiento liberal de la época). Sobra decir que las propuestas del escritor de crear unas formas de movilización de las masas en favor de Europa, parecidas a las marchas de Hitler o Stalin (incluidas las fiestas, también deportivas, para las masas), impresionan por su drasticidad. Es necesario preguntarse si tienen que considerarse veleidosas o, si se prefiere, provocativas —sobre todo porque Zweig llega a pensar en formas de terrorismo en favor de Europa y en tropas de asalto parecidas a las fascistas, pero que luchan por una causa justa—. ²¹ En cualquier caso, en estas reflexiones se reconoce la conciencia —ya expresada en la biografía de Erasmo— de los límites de un planteamiento

²¹ Cfr. la carta a Romain Rolland del 5 de marzo de 1933 (Rolland y Zweig 1987, vol. II, p. 503).

demasiado elitista del problema europeo y el intento de ir más allá de esos límites.

DESDE LA PERSPECTIVA EUROPEA A LA GLOBAL. EL DISCURSO «L'UNITÉ SPIRITUELLE DE L'EUROPE» ('LA UNIDAD ESPIRITUAL DE EUROPA')

Este es el título del discurso que imparte Zweig cuando llega por primera vez a Río de Janeiro en 1936. En él no solo transmite la experiencia fuertemente dramática del exilio, sino que es escrito después del estallido de la Guerra Civil en España y la siguiente toma del poder por parte Franco, y después de la conquista italiana de Abisinia —dos eventos que no dejan lugar a dudas sobre el avance del fascismo dentro y fuera de Europa—. De este avance, que enseguida sufre una aceleración dramática y se vuelve una emergencia, Zweig extrae unas consecuencias muy radicales.

La primera parte del discurso vuelve a citar el mito de la torre de Babel y resume las tomas de posición ya defendidas en el discurso de Florencia, es decir, el desarrollo y la transformación de la idea de Europa a lo largo de los siglos. Sin embargo, la segunda parte contiene dos novedades fundamentales con respecto a las anteriores posiciones de Zweig.

En primer lugar, Zweig implica a pueblos del otro lado del Atlántico en su proyecto de renacimiento de Europa. Según él, el viejo continente ha perdido su supremacía espiritual. Esta admisión señala el fin de la perspectiva eurocéntrica de Zweig, en la que Paul Michael Lützeler había reconocido «también huellas de los sueños europeos napoleónicos-imperiales. Como Nietzsche, Zweig también creía que las naciones europeas fueran llamadas a “custodiar y tener la guía moral del mundo”». ²² Aquí, en cambio, ya no hay ninguna huella de cualquier pretensión hegemónica por parte de Europa. Frente al avance del fascismo y a la posibilidad de una nueva guerra, el proyecto de oponerse a Hitler y Mussolini devolviendo la paz a Europa ya no solo se refiere a los países del continente europeo, sino que es un problema del mundo entero. Es evidente que Zweig, frente

²² Lützeler 2015, p. 315.

a los eventos recientes que preceden a su viaje a América, parte del presupuesto de que Europa ya no es capaz de asegurar la comprensión entre los pueblos y la paz de manera autónoma. Entonces, en su opinión, habrá que mirar y resolver los problemas desde una perspectiva global. Zweig se dirige entonces a los pueblos de América del Sur con un llamamiento enfático, esperando que puedan servir como modelo para el futuro de Europa. «No de nosotros, no solo de Europa puede salir la regeneración de nuestro mundo. ¡Tenéis que estar de nuestro lado y avanzar con nosotros!»²³

La segunda gran novedad es la crítica a la técnica como vector del progreso de la humanidad y de la unificación europea. Sobre este punto asistimos a un cambio de rumbo de 360 grados con respecto a las posiciones que Zweig había sostenido en sus ensayos sobre la «monotonización del mundo»,²⁴ en «La idea europea en la literatura» o en el discurso de Florencia. Cuatro años antes, el escritor había exaltado las conquistas de la técnica como forma de intercambio de las experiencias artísticas y como «impulso hacia la colectividad», es decir, superando los nacionalismos:

Nuestra distancia está superada por el avión y, el viaje más fantástico, ¿no es por radio, en el que la mínima rotación de un milímetro hace que nuestro oído terrenal pueda estar en un minuto en Londres, Roma, Moscú y Madrid? Por medio de los logros técnicos se nos ofrece una contemporaneidad y actualidad que las generaciones anteriores no se habrían atrevido a prever ni a soñar (p. 47).

La importancia del progreso tecnológico, al que Zweig había dedicado dos de sus más logradas *Sternstunden* (sobre la conquista del Polo Norte y sobre el tendido del cable a través del Atlántico) ahora es reducida. Esto puede depender de la toma de conciencia, por parte del escritor, del hecho de que la técnica puede ser instrumentalizada para fines militares y transformarse en un instrumento de muerte (es suficiente pensar en el episodio de Guernica, en el que Hitler experimenta con sus armas de exterminio sobre la indefensa población española) o pueda ser utilizada como forma de manipulación de las

conciencias (el fascismo en Italia y Alemania estaba proporcionando ejemplos evidentes de manipulación de las masas a través de los nuevos medios de comunicación). Además, no hay que olvidar que Zweig se implica en un acalorado debate sobre los pros y los contras de la técnica que había tenido lugar en Austria. Sin embargo, a pesar de la pérdida de confianza en la ciencia y la técnica, el escritor no quiere abandonar las esperanzas en el futuro e invita a sus oyentes a seguir siendo fieles al ideal humanitario de la hermandad, a abrir sus corazones y a abrazar idealmente a los demás hombres.

ENTRE IDEALISMO Y *REALPOLITIK*. UNA COMPARACIÓN ENTRE STEFAN ZWEIG, HUGO VON HOFMANNSTHAL Y ROBERT MUSIL

Las aporías de Zweig en el intento de concebir el futuro de Europa se refieren, por un lado, a la oscilación entre el rechazo y la demonización de la esfera política y, por el otro, al deseo de intervenir en la política, aunque quedándose *super partes* y ajeno a los partidos políticos. Las contradicciones de su pensamiento surgen hacia el final de la Guerra Mundial, cuando Zweig choca con otros partidarios del pacifismo, como Alfred H. Fried y Ernst Bloch, que rechazan una paz separada con el Imperio austriaco, y, posteriormente, cuando el escritor rechaza entrar en organizaciones demasiado politizadas (por ejemplo, el movimiento de la Clarté de Henri Barbusse). Por miedo a comprometerse con un lado o el otro, Zweig se limita a llevar adelante un pacifismo que se sustenta en iniciativas meramente culturales, como el ya recordado proyecto «Bibliotheca Mundi». Esas oscilaciones entre idealismo y *Realpolitik* son aún más evidentes si comparamos la posición de Stefan Zweig con las de otros autores durante el periodo de entre guerras.

Para Hugo von Hofmannsthal, en su ensayo «Blick auf den geistigen Zustand Europas» ('Mirada sobre la condición espiritual de Europa', 1922), Europa es un concepto exquisitamente espiritual.²⁵ Su punto de vista es el de un escritor que se desentiende de la política, y razona apoyándose en presupuestos estéticos y antropológicos. Ante todo, lo que le importa es honrar el valor y la función de

²³ Zweig, 2017, p. 151.

²⁴ Cfr. Zweig, 1976.

²⁵ Cfr. Hofmannsthal, 1979.

la literatura, el arte y la cultura. Su Europa está formada, en primer lugar, por la cultura, la tradición y la religión que, a su juicio, son los factores unificadores de las individualidades nacionales. En su visión, el futuro de Europa se juega en la elección ideal entre dos polos representados por Goethe y Dostoievski. En estos dos grandes artistas Hofmannsthal ve dos guías espirituales que incorporan dos principios supraindividuales, dos formas de concebir la relación entre individualidad y colectividad. La Europa concebida por Hofmannsthal nace como alternativa a las modernas democracias de masa que ejercen un efecto homologante sobre las diferentes culturas, fruto de la suma de las singulares *Gemeinschaften* (comunidades) nacionales y que se fundamenta en el concepto de *Heimat* (patria). Exalta más la pluralidad en la unidad que al contrario. A su juicio, Europa tiene que asumir la función que antaño tenía la religión, es decir, crear los vínculos religiosos y míticos que mantienen unidas las naciones, contribuyendo a reforzar su identidad.

Mientras que Hofmannsthal en su ensayo no se ocupa de la relación entre teoría y práctica, Stefan Zweig teme que los ideales puedan ser manipulados y desnaturalizados por la política (usados en sentido populista, diríamos hoy). Por eso, rechaza el proyecto paneuropeo de Coudenhove-Kalergi, según él demasiado sesgado a favor de la *Realpolitik*.²⁶ En las antípodas de esta posición está la de Robert Musil, para quien, en su ensayo «Das hilflose Europa oder Reise vom Hundertsten ins Tausendste» ('La Europa desamparada o Un viaje por las ramas', 1922), solo unos acuerdos internacionales sólidos y precisas convenciones económicas pueden garantizar una Europa unida.²⁷ Según él, Europa, para crecer junta, necesita instituciones políticas y estructuras sociales de tipo supranacional, y no ideales —las palabras se las lleva el viento si no hay estructuras o instituciones que permitan ponerlas en práctica.

La diferencia en la manera de pensar entre Zweig y Musil tiene sus raíces en un diferente modo de concebir al hombre desde el punto de vista antropológico. El actuar del hombre según Zweig depende de elementos determinantes de tipo espiritual y se puede influenciar en

sentido positivo con impulsos correctos: si se proporcionaran los justos ideales a los hombres, piensa el escritor, su comportamiento mejoraría. El punto de vista de Robert Musil, en cambio, es más «materialista»: el hombre tiene que colocarse en determinadas estructuras sociales que regulan su comportamiento y corrigen las conductas desviadas.

Una perspectiva materialista de ese tipo es más pesimista porque tiene en cuenta las debilidades humanas que pueden llevar a las personas a comportarse de forma problemática desde el punto de vista ético o moral. Zweig, en cambio, parte del presupuesto de que el hombre es bueno por naturaleza y que es suficiente proporcionarle los justos ideales para que actúe en modo moral o éticamente correcto.²⁸ Desde un punto de vista *realpolitisch*, como el de Musil, muchas iniciativas de Zweig parecen ingenuas: por ejemplo, la de instituir un tribunal independiente que quite las mentiras de los periódicos o eliminar la diplomacia secreta.²⁹ Donde se acerca a Musil y le pide crear las bases institucionales para la interacción de los Estados europeos a nivel político, siempre acaba por demonizar la política y privilegiar las iniciativas puramente culturales: «[...] toda nuestra energía para la recuperación de Europa debe dirigirse al desplazamiento del acercamiento de las mentalidades nacionales hacia el plano de las actividades culturales».³⁰

Así, el autor de *El hombre sin atributos* se mantiene lejos del plan de la práctica. Su escepticismo no le deja superar el nivel de la reflexión de principios. Desde este punto de vista, a pesar de unos presupuestos discutibles de su discurso (como el idealismo y la antipolítica), Zweig hace propuestas prácticas muy interesantes y muchas se llevaron a cabo.

EUROPA EN *EL MUNDO DE AYER* Y *BRASIL, PAÍS DE FUTURO*

Como hemos visto, la Europa de Zweig es un concepto que evoluciona en el tiempo y que corresponde a las «tres vidas» vividas por

²⁸ Estas diferencias de principios las explica el germanista austriaco Norbert Wolf remitiéndose a la filosofía de Max Weber (Cfr. Weber, 1979, p. 162 ss.). En este sentido, el comportamiento de Zweig sería *gesinnungsethisch* y, el de Robert Musil, *verantwortungsethisch* (Cfr. Wolf [s/f]).

²⁹ Infra p. 27 ss.

³⁰ Infra p. 25

²⁶ Hofmannsthal rechaza el proyecto porque lo considera demasiado cosmopolita y, por tanto, poco respetuoso con las individualidades nacionales.

²⁷ Cfr. Musil, 1992.

el escritor.³¹ Para este joven bohemio y aspirante a escritor, Europa es un espacio sin confines donde él puede moverse cómodo sin mostrar su pasaporte, es el lugar abierto en todas direcciones, donde puede experimentar lo que considera el valor más importante de su vida: la libertad individual. Después, la guerra produce una cesura en el pensamiento de Zweig. De la Europa transformada en un gran campo de batalla, toma forma la utopía de la comprensión recíproca y de la conciencia pacífica de los pueblos. Los Estados Unidos de Europa soñados por Zweig están formados por las grandes *Kulturnationen* europeas, que tienen en común un gran patrimonio histórico, ético y cultural. Al margen de este espacio imaginario, el escritor coloca, como polos equidistantes, América y Rusia: la primera se considera responsable de la «monotonización del mundo», de la homologación de la cultura y el gusto; la segunda encarnaría la amenaza bolchevique. Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, Zweig rechaza el etnocentrismo que había caracterizado su pensamiento y empieza a razonar a escala global.

En dos de sus últimas obras, *El mundo de ayer* y *Brasil, país de futuro*, Zweig desarrolla la convicción de que la solución de los problemas europeos más graves —el nacionalismo y el racismo— pase por la ayuda de los pueblos de ultramar.³²

Cuando, en el verano de 1940, recién llegado a los Estados Unidos, el escritor intenta hacer un balance de su vida en *El mundo de ayer*, se encuentra en el umbral de los sesenta. Frente a los éxitos de las armadas de Hitler en los primeros meses de guerra, Zweig constata amargamente en el final del libro: «La misión más íntima a la que había dedicado toda la fuerza de mi convicción durante cuarenta años, la unión pacífica de Europa, había fracasado».³³ Sin embargo, en el prefacio a sus *Memorias de un europeo*, el escritor reitera la necesidad de dar testimonio de la grandeza de la que nosotros llamamos la «Felix Austria», y sobre todo de la Viena imperial, «metrópoli dos veces milenaria y supranacional», símbolo de una época, destruida en la Primera Guerra Mundial;³⁴ y declara que quiere combatir «la

peor de todas las pestes: el nacionalismo, que envenena la flor de nuestra cultura europea» (p. 13) y que, según él, es responsable del bolchevismo en Rusia, del fascismo en Italia y del nazismo en Austria.

A pesar del pesimismo de las últimas dos páginas de la obra, Zweig reitera que «comenzaba algo diferente, una época nueva», aunque admite que «para llegar a ella», la humanidad hubiera tenido que atravesar varios «infiernos» y «purgatorios» (p. 546). El escritor reconoce los signos de algo nuevo en América del Sur, en Argentina y Brasil. En Argentina, Zweig reconoce la supervivencia de la antigua cultura española, que estaba viviendo el «infierno» de la dictadura de Franco, y entonces, de alguna forma, confía a este país sudamericano la misión de conservar vivos los gérmenes de la cultura pasada, esperando que, cuando se acabe la furia de la guerra, puedan renacer en Europa. El escritor utiliza un tono muy enfático para caracterizar esta esperanza:

[Al llegar a Argentina] se apoderó de mí una inmensa alegría y una especie de nueva confianza. ¿No habían emigrado las culturas de un país a otro desde hacía miles de años? ¿No se salvaban siempre las semillas, aunque el árbol cayera bajo el hacha, y con ellas también las nuevas flores y los frutos? Lo que las generaciones anteriores y contemporáneas habían logrado, nunca se perdería del todo. Solo hacía falta aprender a pensar a partir de dimensiones más grandes, a contar con lapsos de tiempo más amplios (p. 500).

Desde esta perspectiva global, y basada en la *longue durée*, Zweig se reconforta para alimentar la utopía de un «renacimiento» (p. 501) de Europa.

Las mismas esperanzas de un renacimiento del continente antiguo, del florecer de «nuevas flores», son proyectadas sobre Brasil, el país donde Zweig decidirá establecerse después de dejar Inglaterra y donde se quedará hasta su trágica muerte en 1942. Como subraya en el subtítulo del libro *Brasil, país de futuro*, el gran país sudamericano se convierte en un modelo para el futuro de Europa, después del «infierno» de la Segunda Guerra Mundial. Zweig proyecta sobre la sociedad brasileña el modelo de convivencia pacífica de las etnias que había apreciado en la monarquía austrohúngara, y sobre todo el ideal de la total ausencia de odio racial que estaba mutilando Europa:

³¹ Cfr. Matuschek, 2006.

³² Para más detalles, cfr. Le Rider, 2018.

³³ Zweig, 2002, pp. 544-545. Para las siguientes citas pondremos el número de página entre paréntesis en el cuerpo del texto.

³⁴ Cfr. Zweig, 1951.

Mientras en nuestro mundo viejo predomina más que nunca la idea absurda de querer criar hombres «racialmente puros», como caballos de carreras y perros, la nación brasileña descansa desde hace siglos exclusivamente sobre el principio de la mezcla libre y sin trabas, de la igualdad absoluta de negros y blancos, morenos y amarillos.³⁵

Naturalmente, la visión que Zweig presenta de Brasil como país en el que los conflictos sociales son reducidos al mínimo y que incluso los esclavos son tratados humanamente, está bastante lejos de la realidad social efectiva. Sin embargo, el escritor previene las críticas que le hubieran hecho —la falta de sensibilidad hacia los problemas sociales, la idealización de la pobreza y de las favelas, la justificación del régimen dictatorial de Vargas— subrayando que sus reflexiones no se relacionan con el Brasil del presente, sino que él piensa en un modelo para el futuro, como se desprende de las palabras finales de la introducción:

Por eso, la existencia del Brasil, cuya voluntad va dirigida únicamente a la construcción pacífica, constituye uno de los fundamentos de nuestras mejores esperanzas de una civilización y pacificación futuras de nuestro mundo desgarrado por el odio y la locura. Mas, donde obran fuerzas morales, tenemos el deber de alentar su voluntad. Dondequiera que en nuestro tiempo trastornado veamos todavía una esperanza para un porvenir nuevo en nuevas zonas, estamos en el deber de señalar tal país y tales posibilidades. Es por eso por lo que escribí el presente libro.³⁶

³⁵ Zweig, 2006, p. 23.

³⁶ Zweig, 2006, p. 29.

BIBLIOGRAFÍA

- Beck, K.; Berlin, J. B. y Weschenbach-Feggeler, N. (Eds.). (1998). *Stefan Zweig, Briefe 1914-1919*. Fráncfort del Meno: Fischer.
- Von Hofmannsthal, H. (1979). «Blick auf den geistigen Zustand Europas». En von Hofmannsthal, H., *Reden und Aufsätze II: 1914-1924*, Gesammelte Werke, vol. 9. Fráncfort del Meno: Fischer, pp. 478-481.
- Larcati, A. (2015). «Stefan Zweig, la Grande guerra e D'Annunzio». En Auteri, L.; Di Gesù, M.; Tedesco, S. (Eds.), *La cultura in guerra. Ideologie identitarie, nazionalismi, conflitti (1870-1922)*. Roma: Carocci, pp. 97-108.
- (2016) «Jeremias und Cassandra. Stefan Zweig und Bertha von Suttner. Zwei Intellektuelle im Dienste des Friedens». En von Johann, G. L.; Pesnel, S. (Eds.), *Literarischer Pazifismus und pazifistische Literatur. Bertha von Suttner zum 100. Todestag*. Würzburg: Königshausen & Neumann, pp. 109-131.
- Le Rider, J. (2014). «Préface». En Zweig, S., *Appels aux Européens*. París: Bartillat, pp. 7-67.
- (2018). «Europa-Konzeptionen». En Larcati, A.; Renoldner, K.; Wörgötter, M. (Eds.), *Stefan-Zweig-Handbuch*. Berlín-Boston: De Gruyter, pp. 748-754.
- Lützeler, P. M. (Ed.) (1994). *Hoffnung Europa. Deutsche Essays von Novalis bis Enzensberger*. Fráncfort del Meno: Fischer.
- (2015) *Publizistische Germanistik: Essays und Kritiken*. Berlín-Boston: De Gruyter.
- Matuschek, O. (2006). *Stefan Zweig. Drei Leben. Eine Biographie*. Fráncfort del Meno: Fischer.
- Musil, R. (1992). «La Europa desamparada o Un viaje por las ramas». En Musil, R., *Ensayos y conferencias*. Madrid: Visor, pp. 109-124.
- Rolland, R.; Zweig, S. (1987). *Briefwechsel 1910-1940*, vols. I y II. Berlín: Rütten & Loening.
- Resch, S. (2012). «Widerstrebet nicht dem Bösen mit Gewalt: Die Rezeption des Tolstoischen Pazifismus bei Stefan Zweig». *Neophilologus*, Vol. 96, 2012, pp. 103-120.
- (2018). «Europa-Reden». En Larcati, A.; Renoldner, K.; Wörgötter, M. (Eds.), *Stefan-Zweig-Handbuch*. Berlín-Boston: De Gruyter, pp. 520-525.

- Zweig, S. (1951). *La Viena de ayer*. Buenos Aires, Colección Austral.
- (1964). «Jeremias». En Zweig, S., *Die Dramen*. Fráncfort del Meno: Fischer.
- (1976). *Die Monotonisierung der Welt. Aufsätze und Vorträge*. Fráncfort del Meno: Fischer.
- (1982). «Polyphem». En Zweig, S., *Silberne Seiten: Gedichte*. Fráncfort del Meno: Fischer, pp. 177-179.
- (1986). «Internationalismus oder Kosmopolitismus». En Zweig, S., *Zeit und Welt*. Fráncfort del Meno: Fischer, pp. 72-77.
- (1987). *Auf Reisen. Feuilletons und Berichte*. Fráncfort del Meno: Fischer.
- (2002). *El mundo de ayer: memorias de un europeo*. Barcelona: El Acantilado.
- (2006). *Brasil, país de futuro*. Barcelona: Cahoba.
- (2006a). *Erasmus de Rotterdam: triunfo y tragedia de un humanista*. Barcelona: Paidós.
- (2017). «L'unité spirituelle de l'Europe». En Zweig, S., *Die geistige Einheit der Welt*. Río de Janeiro, casa de Stefan Zweig: Hentrich & Hentrich, pp. 144-152.
- Weber, M. (1979). *El político y el científico*. Madrid: Alianza.
- Wolf, N. C. (s/f). *Ideas of Europe in Austrian interwar literature*, impresión en curso.